

Un ajuste de cuentas necesario

Narciso Isa Conde

Hablamos de nuevo socialismo, de socialismo del siglo XXI, y eso marca fronteras y diferencias trascendentes con el “socialismo” que fracasó por falta de socialismo, el llamado “real”, el eurosoviético, el estatista- burocrático o “socialismo de Estado”.

Debatir porqué colapsó es importante para remontarlo y plantear lo nuevo.

En esa dirección este aporte escrito hace ocho años, como uno de los capítulos mi libro **“Rearmando la Utopía”, “Del neoliberalismo global al nuevo socialismo”**.

Aquí lo pongo a disposición de ustedes, con otros aportes contenidos en libros mas recientes

EL DERRUMBE DEL LLAMADO SOCIALISMO REAL: CAUSAS, IMPACTOS Y LECCIONES

Los cambios acaecidos en el siglo XX incluyen el derrumbe de los procesos anticapitalistas europeos.

Una especie de cataclismo político con muchas naciones víctimas y con escasos pero valiosos sobrevivientes.

Un terremoto de alta intensidad que arrasó simultáneamente con importantes conquistas sociales, pero también con graves y costosas aberraciones.

Una tragedia que súbitamente cambió la correlación de fuerzas mundiales y le abrió paso a escala planetaria a la epidemia neoliberal y a la unipolaridad militar.

Todo eso y algo más.

Pero de ninguna manera la fantasiosa muerte del socialismo como ideal liberador. Lo transformado, lo construido y lo adulterado nunca dejó de ser un proceso inconcluso y estructuralmente defectuoso.

Nunca dejó de ser un tránsito difícil y arriesgado, escasamente paradigmático. Jamás llegó a ser un sistema esencialmente socialista, sino más bien un intento de tránsito hacia él, sensiblemente deformado. Y la mayor tragedia consistió en que no pudo auto-renovarse.

Mistificación

En esos países el socialismo nunca llegó a ser una realidad plena en el transcurso de este siglo.

Una de las grandes mistificaciones de ese proceso de tránsito al socialismo en Europa del Este fue presentar como socialismo pleno, como socialismo desarrollado, o como avance hacia un

comunismo cercano, las que realmente fueron transformaciones incompletas y adulteradas en el marco de procesos anticapitalistas.

Un recurso en esa misma dirección fue el calificativo de socialismo real, empleado para presentar como irreal, como fantástico o como antisocialismo, todo lo que fuera distinto al conjunto de modelos burocratizados que resultaron de esas transformaciones.

Tal versión obvió el hecho de que desde muy temprano abundaron los pensadores revolucionarios que pusieron énfasis en la distancia existente entre lo que se alcanzó en esos países y el ideal socialista, entendido éste como estadio superior de bienestar y de retribución por la capacidad y al aporte de los miembros de la sociedad; como democracia social, económica, cultural y política; como régimen de predominio de formas de propiedad social, donde los productores pasan a ser realmente dueños de los medios de producción; como sistema que garantice altos niveles de superación humana y de la libertad en todos los órdenes.

Los logros fueron significativos, pero se quedaron cortos y fueron sumergidos en un entorno político que se tornó impugnado.

La industrialización, el desarrollo científico y cultural, la reducción de las desigualdades, la superación de la miseria y del desempleo, la erradicación del analfabetismo, el auge del deporte y la recreación sana, la promoción social de clases y sectores marginados... constituyeron, entre otras, sus conquistas más relevantes y realmente respetables. Ellas, sin embargo, no evitaron la crisis final.

Las denominaciones de países socialistas y países comunistas tuvieron una gran divulgación propagandística, tanto desde sus gestores como desde los medios masivos de comunicación del sistema capitalista. Y eso ha hecho que ellas se repitan por inercia, por hábito, por costumbre y por facilidad de referencia, a pesar de su gran imprecisión científica.

Ciertamente, estas situaciones no son fáciles de explicar, y mucho menos de sintetizar con ciertos calificativos y ciertas denominaciones, y por eso muchas veces se recurre a convencionalismos que permiten, aún sin ser precisos, establecer diferencias.

Incluso el término socialismo de Estado es en gran medida convencional, tanto por lo inconcluso del proceso de transformación socialista a escala nacional y planetaria, como por lo parcial de las precondiciones creadas para conformar sociedades socialistas, por las involuciones acaecidas, por los niveles de enajenación y alienación que se registraron en no pocos de esos procesos de tránsito y, además, por las trágicas y generalizadas aberraciones derivadas de su poder burocrático.

Por eso es importante precisar el real contenido de esos procesos. Y ante el colapso de los modelos estalinistas, neoestalinistas o estatistas burocratizados salidos de ellos, se impone además la necesidad de explicar a mayor profundidad lo que ha acontecido, llamando las cosas por sus nombres, contrarrestando la inercia propagandística y la referida mistificación de la realidad.

Crisis estructural

La historia de la humanidad registra múltiples crisis dentro de modelos y estructuras creadas en el proceso de gestación de una determinada formación económico-social, crisis que han sido resueltas o en beneficio de ella misma o en otras direcciones.

A través del examen crítico de la historia reciente hemos llegado a la firme convicción de que en Europa Oriental no fue el socialismo lo que hizo crisis, sino determinados modelos y estructuras conformadas en el tránsito hacia él.

Hizo crisis, más bien, la falta de socialismo dentro de esa transición; esto es, colapsaron estructuras que se tornaron bloqueadoras de los nuevos avances y que finalmente conformaron modelos estatista-burocratizados, que si bien representaron vías no capitalistas de desarrollo, se convirtieron en regímenes negadores de valores esenciales del ideal socialista y, en no pocos períodos y casos, en regímenes tiránicos. De esa manera el socialismo real devino más bien en socialismo irreal.

Específicamente, a finales del decenio de los 80 y principios del 90 se produjo la crisis final de esos modelos de tránsito altamente estatizados, altamente centralizados, con gestiones extremadamente verticales, con un aparato estatal y un sistema de gestión económica considerablemente burocratizados.

Se trató a la vez de la crisis final de los sistemas políticos antidemocráticos que allí primaron, dentro de los cuales el papel del partido único se confundió con el del Estado para aislarse del pueblo, perdiendo por esas y otras razones esas fuerzas políticas su carácter de vanguardia, desgastándose al compás de la agudización de la crisis y del desarrollo del sistema de privilegios, de la corrupción burocrática, de nuevas modalidades del dominio patriarcal y de políticas depredadoras de la naturaleza.

El modelo soviético gravitó de manera determinante en otros países europeos vía las fuerzas militares del Pacto de Varsovia, vía el CAME, vía múltiples mecanismos de presencia directa e indirecta, vía el gran peso económico e ideológico de la URSS... provocando a la larga en no pocos casos, por ser extraño a los procesos nacionales, mayor rechazo que aceptación.

Esos modelos, pasado el período de las medidas de excepción y del entusiasmo revolucionario de los primeros años, pasado los liderazgos originales de las revoluciones y las fases de alta popularidad de las direcciones políticas, ganada en la lucha antifascista, acentuaron la separación entre el poder y el pueblo, debilitaron o anularon la vida política y el dinamismo en la sociedad civil, incrementaron el apoliticismo en las nuevas generaciones, congelaron el nacionalismo y el conservadurismo, y crearon el caldo de cultivo favorable para el desarrollo de tendencias procapitalistas y corrientes desintegradoras.

Y mientras más se insistió en prolongar su vigencia (a pesar de su evidente entrada en períodos de agotamiento y de crisis), más desastrosos fueron los resultados de su crisis y más imposible de alcanzar su continuidad a través de una renovación de corte socialista.

Imposibilidad de la renovación

En medio de esa crisis, los intentos de renovaciones políticas que se emprendieron tuvieron en común la ausencia total o el diseño incompleto de nuevas estrategias socialistas y la falta de nuevas vanguardias capaces de conducirlos, lo que facilitó la hegemonía de posiciones procapitalistas.

Se trató de una crisis esencialmente estructural, una crisis de un modelo económico y de un sistema político conformados durante decenios; de un modelo y un conjunto de estructuras que tuvieron sus fases de crecimiento, logros, expansión y dinamismo, pero que evidentemente agotaron sus posibilidades.

Una crisis que en la URSS, en los países de Europa oriental y central, le abrió paso a un traumático proceso procapitalista que, en lugar de superar errores y deformaciones, ha introducido en esas regiones del mundo los problemas propios del llamado capitalismo salvaje, agregado a otros males no resueltos.

¿Triunfo de occidente? ¿Fin del socialismo?

El teórico japonés-estadounidense Francis Fukuyama presentó estos hechos como el fin de la historia, entendida ésta como controversia entre los dos grandes campos enfrentados durante siete decenios de este siglo, y nos habló a la vez del triunfo definitivo del Occidente capitalista y de la democracia liberal.

Los principales ideólogos y propagandistas del capitalismo han hablado de la derrota definitiva del socialismo y del comunismo, y han invitado a la humanidad al entierro de las ideas de Marx, Engels y Lenin.

¿Qué ha pasado realmente?

¿Cuáles son las características y los límites de esta derrota?

¿Es cierto que la utopía socialista se ha quedado sin vida?

¿Es verdad que el ideal socialista ha probado su impertinencia?

¿Es real que no tiene validez el proyecto socialista-comunista como alternativa al sistema capitalista?

¿Debemos aceptar que en lo adelante el desarrollo mundial será unidireccional y uniformemente a favor de la privatización de los medios de producción, distribución y servicios, del reinado omnímodo del liberalismo político y de las estrategias trazadas desde los grandes centros del capitalismo mundial?

Características del revés

El revés ha sido en parte formal y en parte real, con serios impactos deprimentes de la conciencia revolucionaria acumulada y del ideal socialista.

Ha sido en parte formal, porque se presenta como derrota total del proyecto socialista, a pesar de representar solamente el agotamiento y la quiebra de modelos que en el tránsito hacia ese ideal resultaron altamente burocratizados y esencialmente negadores de valores socialistas fundamentales. El hecho de que los modelos estatistas, burocratizados y autoritarios fueron proyectados como el único socialismo posible motivó que su desplome afectara sensiblemente la conciencia prosocialista a escala mundial y le diera asidero temporal a esa campaña.

El revés ha sido en parte real, dado que se trató del colapso de regímenes objetivamente anticapitalistas, cuyo papel internacional servía, en diferentes grados, de contrapeso a la política imperialista.

Y ese revés, con ese doble significado, ha tenido impactos decepcionantes y deprimentes para las fuerzas de la izquierda revolucionaria y los sectores progresistas y antiimperialistas, no tanto por el desplome de modelos en franca decadencia, sino sobre todo por el hecho de que sus crisis no pudieron ser superadas en el sentido socialista-revolucionario y, en consecuencia, sirvieron

de caldo de cultivo a pensamientos y opciones procapitalistas, facilitando la progresiva aproximación y asociación de esos países a las estrategias imperialistas.

Es claro que la superación de los modelos estatista-burocratizados con fuertes componentes despóticos, se convirtió en los decenios de los 60, 70 y 80 en una necesidad para el progreso y para el paso a un modelo de desarrollo autosostenido al socialismo. La llamada Primavera de Praga fue la primera señal en esa dirección (Checoslovaquia 1968).

Lo grave, sin embargo, fue que la posibilidad de esa renovación se frustró en esa y en ocasiones posteriores, provocando graves daños al ideal socialista.

La atrofia de las fuerzas de la renovación socialista fue mayor de lo previsto en el más pesimista de los vaticinios, y la negación de valores esenciales del socialismo a nombre del socialismo, anuló en el corto y en el mediano plazos toda posibilidad de recuperación auténticamente socialista en el marco esos procesos.

La castración ideológica fue tan drástica que aún en los casos en que fuerzas formalmente comunistas y prosocialistas lograron sostenerse por más tiempo en los gobiernos nacionales y locales asumiendo algunas reformas, su actitud defensiva, su vulnerabilidad por el desprestigio del pasado, las condujo a recular, a hacer concesiones, a ceder frente a las emergentes fuerzas procapitalistas y, finalmente, a sucumbir.

En otros casos, el pensamiento y el accionar liberal (pro-occidental y procapitalista) pasó a ser francamente hegemónico desde los llamados sectores reformistas y renovadores, independientemente de la velocidad posterior de los cambios en el régimen de propiedad.

Un revés previo de trágicas consecuencias

La imposibilidad de aprovechar la crisis de los modelos estatistas-burocratizados para retomar el camino socialista, para llevar a cabo la conversión de la propiedad estatal en propiedad realmente colectiva, para democratizar el proceso de tránsito, para dar al pueblo participación y poder de decisión, se tradujo en un costoso revés. Y ese hecho fue, en gran medida, consecuencia tardía de un revés más remoto y más profundo, que tampoco fue debidamente evaluado.

Nos referimos al revés que sufrió el ideal socialista original y el primer intento de tránsito al socialismo en el marco de una sociedad sin las precondiciones materiales para ello y a través de un ensayo que pudo implicar, en caso de prolongarse y enriquecerse, una dinámica de desarrollo autosostenido, con pluralidad económica, social, política e ideológica, con democracia en el partido, en los sóviets y en la sociedad, con participación y poder de decisión de los pueblos.

Nos referimos al esfuerzo leninista a través de la NEP (siglas con que se conoce internacionalmente la Nueva Política Económica) y a sus reflexiones adicionales; esto es, el ensayo de un tránsito con poder popular, con amplias alianzas sociales y con capacidad autosuperadora, sin rígidas uniformidades ni verticalismos extremos.

Ese ensayo fue derrotado por Stalin, sus partidarios y otros sectores del Partido Bolchevique en el empalme de los decenios de 1920 y 1930. En su lugar se impusieron la estatización y la colectivización forzadas, contando el inicio de ese curso político con el respaldo de una parte del pueblo contra la otra, y luego volcándose contra la inmensa mayoría de la sociedad.

Esa derrota resultó, a la corta y a la larga, trágica para el tránsito al socialismo.

Esa imposición del llamado modelo estatista, pese a todo el poder de acumulación generado inicialmente a través de los métodos verticalistas de un régimen altamente centralizado y del sacrificio del campesinado, se fue convirtiendo en una especie de negación de valores fundamentales del socialismo y, muy especialmente, en un mecanismo de aplastamiento de la democracia socialista y del poder popular representado por los consejos obreros y populares (sóviets).

Se construyó así un super-Estado propietario, altamente monopolista, negador de la democracia y del poder de decisión de los trabajadores, de los productores y de los consumidores; negador de la igualdad de derechos entre los géneros y de la relación armónica entre seres humanos y naturaleza.

Un súper-Estado enajenante, atropellador de los derechos nacionales, negador de la diversidad y de la creatividad, machista en nueva esencia, avasallador del espíritu crítico y resistente a la autocrítica.

A nombre de la revolución, del socialismo y del propio leninismo, se entronizó una especie de contrarrevolución y de antisocialismo anticapitalista sui generis, con un sistema y un modo de producción y distribución absolutamente burocráticos, condicionado por una intensa hostilidad y agresividad imperialista que, al tiempo de legitimarlo ante las fuerzas anticapitalistas del mundo, lo obligada a un alto grado de militarización que luego cobró vida propia y se tragó parte de sus propios logros sociales y no pocas de sus ofertas de bienestar popular a través de una intensa y prolongada carrera armamentista.

Imprevisión

La tragedia que implicó la derrota del ensayo de Lenin, los graves efectos de la prolongada vigencia del llamado modelo estalinista (expandido hacia el Este y el Centro de Europa después de la victoria antifascista y del heroico aporte del Ejército Rojo en esos resultados), y el negativo desenlace de esa crisis hacia tortuosos senderos capitalistas, no eran elementos fáciles de advertir en medio de un tránsito tan complejo, paradójico y contradictorio como el iniciado en Octubre de 1917.

Desde fuera era todavía más difícil pensar tales resultados.

El desarrollo relativo (comparado con lo que fue el nivel y el papel de Rusia y sus viejas colonias) resultaba impactante pese a los atrasos y los retrasos que lo acompañaban.

La mistificación generada y el hermetismo del sistema, ocultaba muchas de sus debilidades y limitaciones.

Incluso los propios enemigos del socialismo quedaron alegremente sorprendidos por el estrepitoso colapso de esas experiencias. Nadie previó ese cataclismo político.

Paradojas

El aporte a la humanidad del sistema creado fue, paradójicamente, muy superior a los nada despreciables resultados en los límites de sus fronteras territoriales:

Obligó al capitalismo desarrollado a reformarse y a conceder reivindicaciones económicas, sociales, culturales y políticas de gran significación para los trabajadores y los pueblos. En

Europa lo forzó a incorporar conquistas propias de los movimientos sociales (auge de la socialdemocracia y del llamado Estado de Bienestar).

Contribuyó al desmantelamiento del sistema colonial y estimuló los procesos de independencia y autodeterminación de los pueblos.

Aportó más que ninguna otra fuerza mundial a la derrota del fascismo, aunque no supo superar sus limitaciones ni las trabas de su propio modelo bajo el influjo optimista provocado por esa gran victoria.

Contribuyó a la heroica Revolución China, al proceso revolucionario coreano, a la victoria de Vietnam y a la defensa de la heroica Revolución Cubana; hechos puntuales en el camino hacia el imperio de la justicia en las relaciones mundiales.

Estableció términos de intercambio con países subdesarrollados del Tercer Mundo que bien podrían servir para diseñar normas más justas en el orden económico internacional.

Garantizó la paz mundial, bloqueó la guerra termonuclear y evitó un grado mayor de agresiones militares e imposiciones políticas norteamericanas.

Causas del desenlace

La negación de valores socialistas desde esos modelos no capitalistas, así como sus contradictorios e incluso dramáticos resultados y su posterior estancamiento, crisis y desmantelamiento, guarda relación con cuestiones teóricas, prácticas e históricas muy concretas.

Esas revoluciones no se dieron dentro del esquema propiamente marxista, que fundamentaba la revolución socialista a partir del desarrollo capitalista y de la intensificación de la contradicción entre un alto desarrollo de las fuerzas productivas y las trabas que le impusieron determinadas relaciones de producción.

Las revoluciones que, según Marx, debieron surgir en Europa Occidental en el período revolucionario provocadas por la crisis pre-industrial del capitalismo temprano, no tuvieron lugar.

Fallo en lo previsto y desencuentro con la realidad

En ese orden, hay que registrar un fallo en la previsión científica marxista, pese a que su aporte en cuanto al análisis general del capitalismo resultó insuperable.

El fallo consistió en lo relativo a la valoración de una crisis del crecimiento del capitalismo temprano, de la crisis de una fase del desarrollo capitalista, de la crisis de un nivel específico y de una subformación concreta del capitalismo, como crisis general del modo de producción en desarrollo.

Esto creó la confusión de entender esa crisis como la posibilidad casi segura y a corto plazo de la caída de los pilares fundamentales del capitalismo y provocó un primer choque con la realidad al crear una ilusión a favor de la caída total del sistema en Europa Occidental, sin apreciar que sólo se trataba de una fase y de un nivel específicamente crítico de una de sus modalidades de acumulación.

La crisis de crecimiento no resultó ser una crisis del modo de producción, y el capitalismo pudo salir airoso de ella, consolidándose posteriormente en los llamados países centrales.

La profecía falló, el desencuentro del vaticinio inicial con la realidad se evidenció, y las posibilidades de ruptura del sistema, por el contrario, se crearon específicamente en sus zonas periféricas, en las zonas del capitalismo subdesarrollado y dependiente, donde la vía occidental se vio bloqueada.

Allí, la revolución popular, democrática, antiimperialista, con perspectiva socialista, se tornó viable.

El propio Marx llegó a atisbar las posibilidades de la revolución rusa, pero no hizo teoría sobre el tránsito revolucionario en esas condiciones.

A Lenin le tocó actuar en ese escenario y conducir la revolución popular dentro de él, algo totalmente distinto a la lógica de la revolución marxista y en condiciones de un evidente subdesarrollo de la teoría de la transición. Ese vacío teórico perduró después de su temprana muerte.

Revolución invertida sin cambios en Occidente

Se trató precisamente de una especie de revolución invertida, pero de una revolución sin base material para el socialismo y obligada a crear desde arriba y en otros mecanismos la acumulación originaria que el capitalismo periférico-dependiente era incapaz de crear.

El cambio se dio sin un proyecto claro de desarrollo, confiando sobre todo en que la revolución en Europa Occidental, y específicamente en Alemania, viniera en auxilio de la revolución soviética.

Esta última debía ser sólo el prólogo de un proceso de alcance europeo y mundial, imbuido inicialmente Lenin de la idea de la posibilidad del triunfo de la revolución alemana y del derrumbe del sistema capitalista en el corto plazo.

De todas maneras, el retraso de la revolución en el Occidente europeo llevó a Lenin a profundizar aún más en los problemas de la transición y a esbozar algunas ideas en busca de fórmulas que evitaran la burocratización y el despotismo, con el desenlace conocido: el triunfo de la tendencia contraria y al enlazamiento en Rusia de la revolución anticapitalista con el estatismo burocratizado y despótico, y la obligada confrontación con Occidente.

Anticapitalismo, estatismo y confrontación

De ese entrelazamiento surgen la sociedad soviética y modelos parecidos en el Este y el Centro de Europa como consecuencia del papel liberador antifascista del ejército de la URSS en la Segunda Guerra Mundial. Estos últimos más endebles, por tratarse en gran medida de un producto importado y, en no pocos casos, de revoluciones no propias.

El tránsito anticapitalista siguió, por demás, circunscrito al Este, a zonas con un desarrollo relativamente bajo del capitalismo (con la excepción de Checoslovaquia y en menor medida de Alemania Oriental), marcados todos sus modelos de transición por la enorme influencia del modelo soviético (con excepción del distanciamiento yugoslavo). En los casos checo y alemán, ese modelo actuaba, en buena medida, a contrapelo de su nivel y potencialidades de desarrollo.

Otra vez Occidente se recompone

A raíz de las grandes dificultades del capitalismo en 1929 y 1930, se reafirmó la teoría sobre la crisis cíclicas del capitalismo y de nuevo cobró fuerza la idea de un derrumbe próximo de todo el sistema capitalista.

No fue así. La crisis capitalista no desembocó en las esperadas revoluciones socialistas occidentales, sino en su superación a través de nuevos modelos de acumulación y dominio sistémico en los centros más desarrollados del capitalismo.

Los cambios a raíz de la Segunda Guerra Mundial siguieron sin responder a la lógica de la teoría de Marx y Engels, registrándose las transformaciones anticapitalistas en la periferia dependiente, en países de escaso desarrollo.

En realidad esos procesos revolucionarios no resultaban ser propiamente revoluciones socialistas, aunque se les proclamaba como tales.

Eran realmente procesos anticapitalistas que por la influencia soviética y el consiguiente entrelazamiento entre anticapitalismo, estatismo y confrontación con Occidente, en Europa del Este y Central dieron lugar a modelos estatistas burocratizados similares al de la URSS, en varios de esos países sustentados por el poderío militar soviético.

Crisis y revolución científico-técnica

Años después se produjeron nuevas revoluciones en el mundo dependiente-subdesarrollado en medio de otro nivel crítico del proceso capitalista mundial.

También, en esas circunstancias, los países centrales del capitalismo supieron superar su crisis y cargar sobre su periferia todo el peso de la misma, al tiempo de iniciar su fase de desarrollo post-industrial y transnacional.

Fue su segundo respiro sin necesidad de muletas, retomando la iniciativa histórica (salvo el problema guerra y paz), al compás de la aplicación de la revolución científico-técnica a la producción, a la distribución, y a los servicios y a la gestión, registrándose un proceso de paulatino reemplazo del paradigma tecnocientífico y de cambios trascendentales en el modelo de acumulación y de gestión capitalista a través de la incorporación de la microelectrónica, la informática, la biomédica y la robótica.

Otra vez la revolución en el mundo desarrollado quedó postergada y el Este anticapitalista no pudo recibir la deseada ayuda del soñado Oeste amistoso y en la vía socialista.

Crisis post-revolucionaria

Este repunte del capitalismo, lamentablemente, coincidió con la degeneración y la crisis de las estructuras post-revolucionarias en la URSS y en los países de Europa del Este y Central.

La pujanza exhibida en la URSS en la fase de industrialización, no pudo continuar por los propios límites del modelo estatista. El despegue post-industrial se vio seriamente trabado por esa misma razón.

El empantanamiento en la fase de desarrollo extensivo no permitió el paso al desarrollo intensivo y a la incorporación integral del patrón microelectrónico-informático.

Las estructuras burocráticas entraron en contradicción con el progreso tecnocientífico y su aplicación a la industria civil.

La carrera armamentista se sobredimensionó en un grado superior a la necesidad de la competencia y paridad con Estados Unidos, y se tragó importantes recursos naturales, gran parte del presupuesto y con ello incluso significativas conquistas sociales existentes y potenciales.

El modelo estatista perdió en la emulación con un capitalismo que, por demás, tenía ventajas históricas sobre él.

Después del gran impulso de los primeros decenios y de acelerados avances que lo metieron en competencia con Occidente, entrando a los años 60 se anularon así sus posibilidades de autodesarrollo, agravadas la situación por la falta de participación y de debate superador.

El período de Breznev, cimentado en el agotado sistema estalinista, resultó en extremo costoso y selló el fracaso. Como dice el historiador y latinoamericanista soviético Kiva Maidanik, si el período estaliniano fue benévola y denominadamente como del culto a la personalidad, el de Breznev debió calificarse de período del culto sin personalidad.

Al mal gobierno económico, al derroche de petróleo y al agotamiento de importantes recursos naturales, a la pérdida de la capacidad de ayuda dentro de su papel internacional y a la crisis del sistema administrativo de orden y mando... se sumaron el auge de la alienación, la corrupción y la tendencia a la disgregación social y nacional; esta última operando como una espoleta de acción retardada, pero reactivada por la crisis política y la pérdida de los valores internacionalistas.

Muy grave además resultó ser el artificial taponamiento y la ausencia de soluciones de fondo a las pugnas nacionalistas e inter-étnicas que hasta en Yugoslavia, una de las pocas que se diferenciaron sensiblemente del modelo soviético, estallaron de mala manera a raíz de su reactivación tardía.

El Partido Comunista de la Unión Soviética y los demás partidos gobernantes en Europa del Este perdieron capacidad de autorrenovación. En lugar de lograr, partido y Estado, el fortalecimiento mutuo, ambas instancias (poder real y poder ejecutor) terminaron debilitándose recíprocamente.

El retraso de la URSS y de otros países de Europa Oriental en la carrera tecnológica y sobre todo en su aplicación a la industria civil (y a la agricultura en el caso de la URSS), las urgencias particulares en materia de distensión, los acuerdos de paz y desarme, alentaron, a partir del período de Kruschov, tendencias más allá de la coexistencia y la cooperación, más bien próximas a formas de contemporización.

Alentaron, en consecuencia, el debilitamiento en mayor grado del internacionalismo revolucionario y de la justa valoración del vínculo con el movimiento antiimperialista y revolucionario mundial, y condujeron a nuevas desviaciones eurocentristas y a nuevas inclinaciones a favor de la paz y la cooperación sólo entre los grandes. Esas tendencias devinieron en alianza con Estados Unidos y con el Occidente capitalista.

La explosión de los males acumulados a nombre del socialismo, favoreció la confusión y estimularon las tendencias antisocialistas en esas y otras sociedades, acicateadas por la guerra ideológica y desinformativa, y por la campaña llevada a cabo desde los poderosos medios de comunicación y propaganda imperialistas, pobremente contrarrestados. Eso contribuyó a la subordinación de los ex países socialistas al imperialismo y a la degeneración de la renovación anunciada, convirtiéndose en un liberalismo de baja ralea.

Y todo esto también tuvo mucho que ver con la mala herencia de una superposición entre la política de Estado y la política de partido, con la nociva confusión entre el papel del Estado y el papel del partido dentro del tránsito al socialismo, lo que determinó que los límites de las políticas estatales en un mundo muy interrelacionado se le impusieran a las políticas de los partidos comunistas en el poder y a las organizaciones sociales.

Todo esto dio lugar a que durante los períodos de distensión relativa con las potencias capitalistas se acentuara el debilitamiento de las ideas revolucionarias tanto respecto a problemas internos como externos, tanto en la beligerancia crítica frente a corrientes internas antisocialistas como en lo que relativo a la necesidad de una línea antiimperialista y anticapitalista en la arena internacional.

Se acumuló una especie de bomba de tiempo.

Algo muy duro para el poder y fatal para los partidos comunistas, pues al disociarse ambos tendieron a derrumbarse.

El regreso al cauce realmente socialista a través de la democratización se convirtió en una necesidad imperiosa, pero a la vez inalcanzable en el corto y mediano plazos, según lo demostraron los hechos recientes.

El estatismo burocratizado y despótico, a nombre del socialismo, generó un antisocialismo abrumador en esas sociedades. El daño político fue enorme y sus efectos, bastante prolongados.

No significa esto que el ideal socialista haya fracasado como pregonan sus adversarios históricos.

El cierre temporal en el Este europeo del cauce de la renovación auténticamente socialista (por la carencia de fuerza, conciencia y organización en ese sentido) ha abierto el camino o a la subordinación al capitalismo occidental o a una especie de seudocapitalismo o capitalismo brutal, mafioso, desintegrado, inestable, mezclado con el estatismo y la dispersión o disgregación nacional y social.

Esos resultados parecen próximos pero aún peores que los generados por los modelos capitalistas latinoamericanos, distante de los modelos capitalistas europeos, japonés, norteamericanos... y expuesto a nuevos cambios cuando posteriormente la experiencia traumática llame a retomar la vía propia y a reagrupar las fuerzas de la justicia social, la igualdad, la propiedad social y la soberanía.

Cierto que las primeras señales en esa dirección no han tardado en aparecer, pasando previamente por una era de degradación política y moral como la que ha encarnado el poder de Yeltsin y las mafias rusas, y otras situaciones similares en una parte de las repúblicas de la antigua URSS. De todas maneras, el trauma ha sido demasiado fuerte como para que, pasados los primeros diez años del derrumbe, no se haya registrado el viraje necesario.

La historia sigue en medio de dos crisis simultáneas

Estos hechos demuestran categóricamente que el camino hacia la liberación y el socialismo no es rectilíneo.

Es un proceso con victorias y derrotas, con avances y retrocesos.

El paso idílico y relativamente corto a partir de aquel octubre brillante, no era real. Más bien ese proceso ha tenido la connotación de una vía tortuosa, con ensayos fallidos, con experiencias valiosas y hechos aleccionadores.

Las dificultades y los reveses exhibidos a los 70 y tantos años de iniciado ese tránsito, no anulan por demás la crisis del sistema opuesto y la pertinencia de la gran meta inspirada en el interés colectivo, en la justicia social, en la libertad integral y la igualdad entre los seres humanos.

Estamos viviendo dos crisis simultáneas, ambas con contenidos y dinámicas diferentes.

Una cosa es la crisis de los modelos estatistas burocratizados, que devino en un serio revés de su anhelada sustitución por un socialismo renovado o de la retoma del ideal socialista, temporal y gravemente estropeado en Europa del Este y la URSS, y otra cosa es la crisis en la periferia dependiente del sistema capitalista y en los centros imperiales que representa Estados Unidos, Japón y Alemania y sus áreas de influencia.

Son dos crisis diferentes, con causas y ritmos realmente independientes, aunque con repercusiones mutuas.

Esta realidad determina que la imperiosa necesidad de cambios en el Caribe, en América Latina y en todo el Tercer Mundo, no se anule, aún cuando la vía socialista haya sufrido esos reveses en el este de Europa y en la URSS, que a su vez afectan severamente a las fuerzas revolucionarias en todo el mundo.

Al paso de los años, está claro que la lógica imperialista frente a aquel desplome en Europa, agrava la crisis en nuestro Tercer Mundo y en otros puntos del planeta.

La explotación, la sobreexplotación, la pobreza y la exclusión se han incrementado notablemente.

Debilitada al extremo la llamada tensión Este-Oeste, se desarrolla en mayor grado la llamada confrontación Norte-Sur, y Centro-Periferia y Pobres y Super-ricos.

El reinado del Norte en la actualidad no puede menos que desarrollar enfrentamientos agudos, sin descontar tampoco las enormes tensiones que crean los bolsones migratorios del Sur en el propio territorio del Norte prepotente y desarrollado y las áreas de pobreza expandidas dentro de los propios países altamente desarrollados.

A eso se debe lo acontecido sucesivamente en Panamá, en el Golfo Pérsico, en Somalia, Liberia, Haití, Irak y más recientemente en Yugoslavia, escenarios de nuevos intercambios militares masivos.

Las tensiones sociales y políticas se elevan al compás de la expansión de la pobreza y se expresan en cadenas de explosiones sociales y de crisis de gobernabilidad en América Latina y el Caribe, Africa, Asia... en paros, huelgas, confrontaciones armadas... en todo el planeta.

Esas intervenciones militares, esas rebeldías y todo el cuadro de pobreza y miseria que agobia en gran parte de la humanidad, debilitan el argumento de que lo acontecido en el Este y en el Centro de Europa operaría como factor de desactivación definitiva de las tensiones mundiales, como paso hacia la distensión, como mecanismo de superación de la violencia, las revoluciones y las guerras; como supuesto enterramiento de la barbarie y expresión del triunfo definitivo de la civilización capitalista occidental sobre los regímenes opresores.

Ellas revelan que esa civilización ha resultado, en sus diferentes etapas (incluida la actual), la más bárbara y la más despótica en la historia de la humanidad, exhibida su desnudez con el fin de la Guerra Fría y la eliminación de todos los pretextos que le permitían justificar sus desafueros.

Ahora el capitalismo ha avanzado a una de sus fases más crudas, más drásticas, más destructivas.

En su euforia y con las banderas neoliberales desplegadas, chorrea por doquier pus y provoca sufrimientos inéditos.

Claro que es evidente el impacto negativo de la crisis en el tránsito al socialismo, y sobre todo de los resultados en el corto y mediano plazos de ese colapso.

La subjetividad revolucionaria fue severamente afectada, las claudicaciones y renegaciones se multiplicaron, el referente socialista quedó tan deteriorado que es preciso recrearlo.

La ofensiva conservadora arrasó con múltiples conquistas históricas del proletariado y dejó a las clases y sectores populares a la defensiva, mientras la incertidumbre copaba el campo revolucionario y progresista. La misma socialdemocracia europea se ha neoliberalizado en no pocas de sus vertientes.

Pero bien se ha dicho que no hay mal que por bien no venga.

Lo que existía era insostenible y ya constituía una carga política demasiado pesada.

El cambio temporalmente ha sido para algo peor.

Pero ése no es el fin de la historia, ni allá ni aquí.

Allá, en el Este europeo, saca a flote los males acumulados y pone de manifiesto las debilidades presentes, pero a la vez crea una dinámica que muestra que por la vía capitalista no podrán encontrarse soluciones, sino más bien nuevas y dramáticas contradicciones y pésimas experiencias que habrán de recomponer corrientes liberadoras y de conducir, a más largo plazo, a la necesaria meta socialista, si aparecen los actores necesarios.

Aquí se vive una crisis de otro signo, de otro tipo de estructuras, de otros sistemas económicos y otros modelos políticos.

Una crisis mucho más grave, mucho más cruel. Es la gran crisis sistémica de fin de siglo. Crisis en la periferia del capitalismo combinada con crisis en los países capitalistas altamente desarrollados. Una crisis que exige de alternativas integrales, de revoluciones políticas capaces de propiciar otros proyectos de desarrollo.

Los movimientos del llamado Tercer Mundo, y especialmente de América Latina y el Caribe, si bien tenemos que aprender de los graves errores cometidos en la URSS y en los países del Este

Europeo, tenemos a la vez mucho que enseñar a ellos respecto a lo que es la vía capitalista subordinada a los grandes centros desarrollados.

Podemos mostrar lo ilusorio que es considerar a esos centros como socios o como amigos.

Podemos dar pruebas irrefutables de que la ley que rige sus relaciones es la ley del beneficio, incluso del superbeneficio a su favor, y no la de la ayuda y la cooperación.

Podemos exhibir los estragos que a nuestras fuerzas productivas y a los precarios niveles de vida de nuestros pueblos les ha ocasionado el neoliberalismo y todas las variantes del capitalismo.

Pero, además -y esto es lo más importante-, la experiencia vivida por ellos mismos muestra que la construcción capitalista emprendida después del derrumbe ha sido mil veces más funesta y más trágica que todos los errores y deformaciones registradas en el camino anticapitalista iniciado en Octubre de 1917. Rusia y las demás repúblicas soviéticas están expuestas hoy a una verdadera catástrofe.

De nuevo está planteado la cuestión de la alternativa después de este revés (en lo que se refiere al tránsito al socialismo en la ex URSS y los países del Este europeo) y en medio de una gran contraofensiva neoliberal de los Estados Unidos en todo el mundo.

¿Cómo transformar el revés en estímulo? ¿Cómo aprovechar el viento contrario, tal y como lo hacen los barcos de vela, en fuerza nuestra?

Esa posibilidad existe, en el marco de una crisis que tiene raíces y dinámica propia, en el marco de modelos capitalistas sin soluciones a problemas que se agravan constantemente, especialmente en el marco del capitalismo dependiente.

Esa posibilidad existe también en otros procesos de tránsito donde desde revoluciones originales se terminaron copiando, en mayor o menor grado, aspectos de esos modelos burocratizados y dogmatizados que ya hicieron crisis en Europa.

Esa posibilidad existe en China, Vietnam, Corea y Cuba, siempre que se aprendan las lecciones que arrojan estos acontecimientos, aunque también con riesgos de caer en la tentación de una inserción fatal en el orden capitalista.

Y en esa vertiente del pensamiento hay que tener en cuenta además que la quiebra de los modelos estatistas europeos libera fuerzas.

Su vigencia y su influencia no sólo contrapesaban positivamente -en cierta medida- la política imperialista, sino que además, en el orden negativo, creaba, en nombre del socialismo, referencias muy cuestionables, proyectaban modelos y métodos extraños a las condiciones latinoamericanas y caribeñas, promovían concepciones y teorías ajenas a nuestras realidades, frenaban la creatividad, estimulaban el dogmatismo, obstaculizaban el desarrollo de un pensamiento teórico más adecuado al Tercer Mundo, dificultaban la búsqueda de alternativas y proyectos de tránsito propio, reproducían su propia fórmula dentro de la revolución invertida y dentro de los procesos no capitalistas, estancaban el pensamiento marxista, obstruían el desarrollo de fuerzas propias y entorpecían la construcción de fuerzas revolucionarias alternativas.

Algo parecido, aunque con otras particularidades, aconteció con el influjo de la Revolución China en América Latina, la cual presentaba muchas peculiaridades inaplicables en América

Latina y modalidades que también fueron condicionadas por la influencia soviética inicial y el modelo estatista. Igualmente, con el seguidismo pro-albanés.

Por una serie de razones, el estatismo burocratizado en la URSS y en los países del Este europeo reforzó aspectos del eurocentrismo en el proceso de formación del pensamiento revolucionario y del quehacer político en el continente, ayudado además ese fenómeno por las influencias del pensamiento liberal, conservador y socialdemócrata europeo y norteamericano. También lo reforzó en Asia y en Africa, condicionando y deformando esfuerzos liberadores inicialmente originales.

En el movimiento marxista latinoamericano y caribeño, esto llegó a extremos graves, dándose innumerables casos de partidos comunistas y movimientos marxistas mucho más empapados de a historia de esos países que de los procesos nacionales y regionales latinoamericanos y caribeños, y siempre prestos a trasplantar sus dogmas y sus deformadas experiencias. Eso también aconteció en Asia y Africa.

Sólo los que lograron zafarse de esos esquemas y de esas influencias pudieron hacer revoluciones populares, e incluso sus tropiezos posteriores han tenido mucho que ver con la copia de esquemas y métodos en decadencia, desde su condición de fuerzas gobernantes, y con las gravitaciones del denominado socialismo real o de los esquemas liberales y socialdemócratas de matriz europeas y estadounidense.

Nicaragua: más que una derrota electoral

El caso nicaragüense resultó un ensayo de tránsito nuevo, con aciertos y errores que es preciso ponderar.

Al gran triunfo que significó derrotar el somocismo sustentado durante cuatro decenios por el poder imperial estadounidense, siguió un original y creativo tránsito revolucionario que ha sufrido un rudo revés en el marco del proceso electoral de 1990.

La revolución nicaragüense ha sido quizás la más alta expresión de voluntad de combinar los cambios estructurales con la democracia política. Ese gran aporte, que prefiguró un modelo de tránsito con pluralidad social, económica y política debe ser debidamente reivindicado.

Esa experiencia, sin embargo, demuestra cuán difícil es encontrar la combinación adecuada, la justa medida entre el cambio social, la confrontación con una contrarrevolución de factura imperialista, la democracia revolucionaria y el avance en materia de bienestar y desarrollo.

El segundo día resultó más complejo que el primero.

La lucha desde el poder, procurando evitar la copia de modelos de tránsito que ya presentaban serias señales de agotamiento, resultó más difícil que la lucha por el poder.

La firmeza en los principios fue afectada por la excesiva confianza en la gran capacidad de maniobra evidenciada por los dirigentes de ese original proceso.

A los daños ocasionados por la agresión económica y militar de Estados Unidos, se agregaron errores de mucha significación.

Las concesiones a la presión imperialista, a los diversos componentes del mundo occidental y a la propia contrarrevolución interna, resultaron excesivas.

A los efectos negativos del desgaste económico de la guerra se agregaron políticas fondomonetaristas que estrechaban la base social del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

A las cuantiosas pérdidas de vidas humanas, se sumó el hecho de que el servicio militar obligatorio trasladó parte de la responsabilidad de esas muertes al Estado y al FSLN. La violación del principio de la voluntariedad en la defensa de la revolución, determinó que en las familias atribuladas ganara fuerza contra el sandinismo.

Al justo interés de desarrollar una economía mixta se añadió el ritmo lento en los cambios estructurales y en el régimen de propiedad, lo que dificultó en las masas pobres la percepción de la revolución como proceso propio.

El necesario tema electoral se llevó al extremo de acceder a unas elecciones en medio de la guerra y sin condicionarlas al previo desmantelamiento de la contrarrevolución armada.

A la contrarrevolución política se le hicieron concesiones tales como la autorización de todos los derechos políticos, incluido el insólito financiamiento de su campaña desde el país agresor (EE.UU.).

A las presiones ideológicas internacionales se les abrieron puertas como la de suponer un cambio favorable en el relevo de Reagan por Bush y como la de afirmar la legitimidad del gobierno de Cristiani y el equiparamiento del papel de la contra nicaragüense con el del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador.

La libertad electoral, con fuertes influencias liberales, primó más que la defensa de la revolución en el marco de una democracia participativa e integral.

El pluralismo necesario dentro de una dinámica hacia la socialización de la propiedad y del poder, se mezcló con el liberalismo y el verticalismo, afectando sensiblemente la hegemonía popular-revolucionaria. Liberalismo en la forma de enfrentar el brazo político de la contrarrevolución armada. Verticalismo en la conducción interna del FSLN y su relación con el Estado y con las organizaciones sociales.

Del cuestionamiento de los modelos estatistas burocratizados, se sacó la lección respecto a la necesidad de la pluralidad política, social y económica, pero eso no estuvo acompañado ni del combate al sistema de privilegios a favor de dirigentes y funcionarios, ni de la prevención y el combate a la corrupción de una parte de los estamentos dirigentes, ni de la necesaria separación del papel del partido (FSLN) y del Estado, ni de la erradicación del centralismo y el verticalismo excesivo, ni de la eliminación del derroche practicado por los grupos burgueses y pequeñoburgueses que coexistían con la revolución popular.

Todo esto minó la autoridad y la influencia del FSLN, que confió sobre todo en sus extraordinarios méritos históricos y en su gran capacidad de maniobra, y se autoimpresionó o autoengañó por su superioridad en materia de propaganda, movilización e inserción en las masas activas.

Todo esto dificultó las correcciones necesarias, debilitó el espíritu autocrítico e impidió la autosuperación.

No hay dudas también de que la crisis del campo socialista europeo, con todas sus negativas consecuencias en la logística, influyó significativamente en el ablandamiento de ese proceso y muy especialmente de su conducción colegiada.

El descenso de la influencia resultó significativo, sobre todo al ser medido en un escenario donde lo cualitativo pierde valor, pues en términos de decisión, el voto de los criminales somocistas tuvo igual valor que el de los más heroicos combatientes sandinistas.

Ese descenso determinó la derrota electoral, que tuvo implicaciones mayores que un revés coyuntural, dada la existencia de una institucionalidad sensiblemente presidencialista, y dadas las fallas ideológicas y políticas que tocan cuestiones importantísimas y generan a la vez disensiones que dificultan la recomposición y la retoma de la capacidad ofensiva.

Mientras esas fallas no sean enfrentadas con rectificaciones profundas, tienden a reproducir errores parecidos en las nuevas circunstancias internas y a provocar parálisis costosas.

En la falta de rectificación estuvo la causa de la tristemente famosa piñata (posterior a la derrota) y de la conformación al interior del Frente de grupos adinerados, nuevos ricos y nuevos empresarios que condicionaron y condicionan su línea política.

El sandinismo, sin embargo, es una gran fuerza, con fuertes raíces, con una clara hegemonía en el sistema nicaragüense de organizaciones sociales, con un peso decisivo en el Ejército, y enfrentado a adversarios que no representan alternativas superadoras de una crisis agravada y que convertidos en gobierno ni siquiera han podido contar con el esperado apoyo material de los Estados Unidos.

El FSLN ha tenido y tiene reservas suficientes para retomar la conducción de ese país y dar continuidad a la revolución popular, pero para ello ha debido superar la crisis de conducción revolucionaria que lo ha afectado, revertir la tendencia a la socialdemocratización presente en una parte de sus cuadros dirigentes, pagar el costo de la depuración y decantación, restaurar su unidad potencialmente afectada y recuperar dentro del grueso de sus bases la confianza en la posibilidad de un nuevo viraje hacia la revolución popular sensiblemente entorpecida.

Ese revés, si bien ha ejercido un fuerte impacto depresivo en las filas revolucionarias latinoamericanas y caribeñas, tiene también la virtud de completar las lecciones para una rectificación profunda en su seno.

El caso salvadoreño y su desenlace negociado

La insurgencia salvadoreña avanzó hasta el punto de abrir la esperanza de una tercera revolución triunfante en América Latina y el Caribe.

El FMLN logró convertirse no sólo en un potente ejército popular y una fuerza político-militar impresionante, sino que logró controlar amplias áreas territoriales y devino en una fuerza beligerante casi imposible de derrotar en el campo de batalla.

El ejército al servicio de la oligarquía tuvo que ser sistemáticamente reconstruido con la ayuda de los Estados Unidos, sufriendo bajas en todo el período equivalente a sus efectivos iniciales.

La victoria definitiva no era fácil, pero estaba en el presupuesto político del heroico movimiento revolucionario salvadoreño y de sus hermanos caribeños y latinoamericanos.

Las negociaciones de paz, por momentos, fueron valoradas como un medio a través del cual podía expresarse la victoria.

Esto es, como un frente de lucha que permitiría atraer más fuerzas y avanzar en el campo de batalla hasta convertirla en modalidad del triunfo, tal y como aconteció en Vietnam.

La ofensiva de noviembre de 1989, pese a que ya arrastraba peligrosas disensiones internas, evidenció que la acumulación de fuerza llegó a aproximarse a lo requerido para vencer a las fuerzas contrarrevolucionarias, pero no logró el salto decisivo.

Después de ese nivel de acumulación, sin embargo, sobrevino el descenso y la conversión de la negociación en medio para una salida pactada, basada en la existencia de un relativo equilibrio de fuerzas. La derrota electoral sandinista y el descalabro que se vislumbraba en el Este europeo afectaron en alto grado el apoyo logístico, del cual el proceso salvadoreño era sumamente dependiente.

El derrumbe del socialismo real y de la derrota del sandinismo en Nicaragua tendían a crear, además, serias dificultades políticas e ideológicas en el curso de la lucha armada y al interior de una parte de las fuerzas del FMLN.

Las tendencias a favor de ciertas formas de rendición condicionada (vía negociación), presentes sobre todo en dos de sus organizaciones (pero también con influencia en las otras), pudieron ser frenadas, pero sus efectos reales le restaron al FMLN en su conjunto capacidad de resistencia y voluntad para persistir en el camino de la guerra popular revolucionaria, aun fuera en otros niveles y modalidades. Más aún: debilitaron sus planteos en torno al cambio de la correlación de fuerzas en el poder permanente (ejército, relaciones de propiedad...) y redujeron su plataforma de negociación en ese aspecto.

Lo acumulado durante largos años de lucha democrática y particularmente en el curso de 11 años de resistencia armada, sirvió para lograr una salida pactada con significativas conquistas democráticas, pero con serias limitaciones en cuanto al proceso de creación y conquista del poder.

Los resultados positivos del acuerdo de paz, quizás no los óptimos posibles a partir de la decisión de no continuar la guerra, llegaron incluso a crear la ilusión de que ellos implicaban una especie de victoria diferida; esto es, de triunfo parcial a ser completado con nuevos avances en el desarrollo de factores de poder y en la conquista del poder central dentro de una nueva fase eminentemente política.

Las dificultades que impuso una disidencia interna socialdemocratizante y con tendencia a la claudicación, las adversidades en el contexto regional y mundial, las maniobras de la derecha produciendo cambios en los tiempos y en la profundización de los acuerdos de paz, el influjo de corrientes y actitudes de ese mismo tipo procedentes de las áreas más blandas del sandinismo, el desarme del pueblo y la marginación del sujeto popular en el curso de su aplicación, afectaron lo pretendido.

Provocaron además: primero, un cierto empantanamiento del FMLN; segundo, una aguda división en torno a cuestiones básicas que frenaron sus perspectivas de avance; tercero, resultados electorales muy favorables a la derecha y, en general, un cuadro de estabilización del capitalismo dependiente, una limitación de la democratización al marco liberal representativo y un bloqueo de la revolución democrática con la consiguiente consolidación de la hegemonía del poder imperial y de la burguesía dependiente con nuevos aires modernizadores.

La esperanza de una tercera revolución en el subcontinente quedó truncada en el corto y mediano plazo, y el descenso de la ola revolucionaria centroamericana no se hizo esperar, impactando negativamente a Guatemala, especialmente al proyecto que encarnó la URNG.

Las circunstancias (diferencias internas, corriente capituladora, cambios adversos en la correlación de fuerzas en el plano internacional, derrota sandinista y la previa aceptación del desarme unilateral) que llevaron al FMLN a pactar una paz negociada que no afectó en su esencia al ejército ni el dominio económico y social de las poderosas familias burguesas ni la hegemonía norteamericana en El Salvador, contribuyeron a conformar condiciones para bloquear las transformaciones estructurales radicales; situación agravada por los efectos de la desmovilización militar del FMLN, acompañada de su descenso en la dinámica movilizadora del pueblo.

Podría discutirse si de todas maneras la correlación de fuerzas en el ámbito nacional daba o no para poner en mayor medida en el centro de la negociación el destino del ejército regular y la democratización del poder económico y social. De todas maneras la lección es clara: toda democratización que no implique la democratización y el cambio de la naturaleza del poder permanente puede ser asimilada y distorsionada por ese poder en manos de minorías sociales y por las fuerzas políticas afines.

Otra enseñanza importante se relaciona con la unidad y la esencia revolucionaria de las fuerzas que conforman la vanguardia unitaria y compartida: ambas cosas son imprescindibles para garantizar el cambio revolucionario, el desplazamiento del sujeto político-social dominante por un nuevo sujeto popular, y ambas cuestiones fueron seriamente afectadas en El Salvador antes de la negociación, durante su curso y posteriormente al Acuerdo de Paz.

La experiencia salvadoreña también refuerza el sentido preciso de lo que debe ser la renovación revolucionaria en los tiempos actuales. Y esa necesidad ha quedado mucho más evidenciada después de firmada la paz, dado el notorio proceso de integración al sistema de sectores importantes del Frente Farabundo Martí para la Liberación de El Salvador.

La Revolución Cubana siguió altivamente de pie

Después del derrumbe la revolución cubana ha vivido el período más crucial de su historia.

Nunca antes se combinaron tantos factores adversos.

El criminal bloqueo económico de los EE.UU. no sólo no cesó, sino que se intensificó a pesar de que, en los hechos, pueblos y naciones latinoamericanas le han abierto brechas al cerco político y económico inicial, por encima de los dictados de Washington.

De la Enmienda Mack al Acta de Exportación y a la Ley Torricelli, se afectó en un 16% más el comercio de Cuba con el exterior, porque esa ley implica drásticas sanciones a las empresas subsidiarias, a las empresas de terceros países y a las navieras que toquen puertos cubanos.

Al derrumbe de los modelos estatistas burocratizados del Este europeo le siguió la quiebra del modelo soviético.

Estos factores, operando en forma simultánea, debilitaron extraordinariamente las relaciones económicas de Cuba con el mundo, agravaron los problemas de suministro y obligaron a un período con mucho más restricciones de todos los órdenes.

A esa situación, el gobierno revolucionario cubano le respondió con las medidas correspondientes a ese período especial en tiempos de paz y con otras transformaciones económicas y políticas.

Los efectos de esas medidas, aunque ha resultado positivo dentro de una política para sobrevivir dentro de una relación bastante equitativa para una gran parte de la población, resultaron limitadas para contrarrestar el impacto negativo de los cambios mundiales y del bloqueo reforzado por los Estados Unidos a través de la ley Torricelli.

Algunas de ellas, además (como la expansión del turismo y de las áreas dólar de los servicios), están acompañadas de un costo social y político no despreciable, aunque conscientemente asumido.

Por otra parte, el burocratismo, la corrupción burocrática, las limitadas áreas de privilegios, la economía subterránea, la negligencia en la gestión estatal, la superposición entre la gestión del partido y del Estado, el abultamiento de las nóminas en áreas no productivas, el paternalismo estatal... sin llegar a las magnitudes de Europa del Este y de la URSS, habían alcanzado en Cuba niveles significativos y echaron raíces difíciles de erradicar dentro de un modelo marcadamente estatista que, por suerte, dada la alta sensibilidad social de sus dirigentes, ha tenido la virtud de superar con creces el papel distribuidor de riquezas e ingresos ejercido por otros parecidos, y permitió alcanzar conquistas sociales realmente trascendentales e impresionantes.

Las dificultades para superar los fuertes componentes de estatismo burocrático presente en la realidad cubana han determinado su coexistencia con el área dólar de la economía, creando una dualidad generadora de nuevas distorsiones que de ninguna manera le restan valor al esfuerzo para sobrevivir convertido en otra hazaña de la única revolución de orientación socialista que perdura en el hemisferio occidental.

Ese gran éxito en materia de sobrevivir, sin embargo, no anula los efectos negativos que todavía perduran como resultado de la continuidad de una parte de las estructuras estatistas, en cierta medida burocratizadas, y de las concepciones y formas de gestión económica y política copiadas del modelo soviético e insertadas en un proceso que, pese a haber defendido intensamente su originalidad, fue parcialmente afectado por su articulación económica dependiente y por el peso material e ideológico de la URSS antes de que esa gran potencia exhibiera su profunda crisis.

Si algo hay que reflexionar sobre los dramáticos acontecimientos este-europeos en Cuba es la necesidad de analizarlos a profundidad y explicar las causas de esa crisis estructural y del derrumbe efectuado en la URSS, extrayendo las lecciones que se derivan para Cuba revolucionaria.

En el caso cubano y en el de los demás procesos de tránsito al socialismo resulta además imprescindible superar todo lo semejante a esos modelos fracasados que influyeron en sus crisis, con clara conciencia de que fueron y son, en comparación con un auténtico desarrollo socialista, valores antisocialistas, deformaciones del proyecto original.

Tan trascendental reflexión y los correctivos que de ella pueden derivarse naturalmente deberán tomar en cuenta las peculiaridades del proceso cubano, su proximidad a Estados Unidos, las características de su exilio contrarrevolucionario, la fase de sobrevivencia que le imponen los cambios mundiales y la necesidad de mantener la unidad de acción de su pueblo.

Esto implica asimilar también la lección soviética en cuanto a la errática conducción y evidente traición de Gorbachov en los momentos en que la necesidad de la renovación y de la

democratización tocaron las puertas de la URSS y sobre todo en cuanto al proceso degenerativo que sufrió la Perestroika, dando paso a una tortuosa liberalización pro capitalista y a una vergonzosa subordinación a EE.UU. y a las demás potencias imperialistas.

Si arriesgado es mantener indefinidamente las estructuras que fueron trasplantadas del modelo soviético, más lo sería aún copiar la Perestroika y acceder a un proceso de liberalización como el que demandan Estados Unidos, el exilio contrarrevolucionario y las derechas latinoamericana, caribeña y mundial. Esto último equivaldría a la muerte de la revolución cubana.

En el caso cubano, volver a América Latina no debe entenderse como reproducir el sistema político y las estructuras sociales capitalistas que predominan en nuestros países, estremecidos por la peor crisis de sus historias, sino recuperar toda la originalidad de la revolución y ponerla en dirección al proceso de conformación de la gran patria bolivariana dentro de una clara orientación socialista que no puede ser, y sin que con ello se dejen pendientes viejos riesgos, la eternización de un estatismo burocrático reñido con la esencia del socialismo.

Los cambios que, al entender de muchos revolucionarios socialistas, Cuba necesita, no tienen nada que ver con las reformas capitalistas ni con una liberalización política de tipo capitalista.

Cuba necesita firmeza en el camino socialista y voluntad de resistir las nuevas presiones y las dificultades que plantea la adversa correlación de fuerzas a escala mundial; necesita ingenio y flexibilidad para buscar alternativas en materia de rearticulación internacional y para derrotar el bloqueo. Y esto evidentemente le sobra.

Cuba necesita identificar a mayor profundidad todo lo negativo trasplantado del modelo burocrático soviético y asumir su superación progresiva con la voluntad política que debe derivarse de entenderlo como fuente de problemas internos, potenciados por la escasez y las enormes dificultades provocadas por las adversidades externas.

Eso implica profundizar el proceso de rectificación e impulsar el esfuerzo hacia un modelo de tránsito al socialismo netamente cubano y esencialmente capaz -aún dentro de la apertura a la inversión extranjera y ciertas formas de propiedad mixta, privada e individual- de garantizar el predominio de la propiedad social y de la propiedad pública socialmente controlada y democráticamente gestionada, así como un proceso de mayor socialización del poder y participación popular.

Cuba necesita mantenerse vigilante para evitar que los cambios necesarios dentro de un espíritu de superación firmemente antiimperialista y socialista, no sean desviados por tortuosos senderos transitados por la fracasada Perestroika soviética. Esto obliga a actuar con prudencia y precisión, y mantener la firmeza que en ese orden le ha caracterizado.

Cuba necesita diversificar más las formas de propiedad y de distribución, crear mercados donde ellos concurren, cambiar las formas de gestión en sectores estatales, convertir en social parte de la propiedad pública, liberar en mayor escala las fuerzas productivas dentro de una orientación predominantemente socialista.

Cuba necesita ampliar y profundizar progresivamente la participación popular dentro de una institucionalidad democrática que norme papeles diferenciados del partido, del Estado y de las organizaciones sociales, que garantice la estabilidad posterior a la vigencia del liderazgo histórico sobre bases democrático-participativas.

Esto último guarda una estrecha relación con la necesidad de convertir en criterio colectivo la validez del régimen de excepción dentro de la condición de fortaleza sitiada, procurando que las restricciones imprescindibles en materia de libertades ciudadanas sean consideradas temporales y no inmutables.

Cuba necesita, además, de una gran solidaridad revolucionaria, antiimperialista, caribeña, latinoamericana, tercermundista y mundial que defienda sus logros, que contrarreste la primera fase de guerra sin balas desatada por Estados Unidos, que frustré los planes de agresión armada (con disposición a pelear en su defensa), que la auxilie desde el punto de vista material, que derrote definitivamente el bloqueo, que la defienda como patrimonio del proceso liberador de los pueblos oprimidos y la aliente a superar las limitaciones y las deformaciones acumuladas en su accidentado y difícil tránsito revolucionario. Ese aporte todavía es muy insuficiente de nuestra parte.

Los fundamentos de esa solidaridad están dados en las grandes contribuciones de Cuba a la nueva independencia latinoamericana, caribeña y africana. En esa dirección es significativo como Latinoamérica y el Caribe rechazan con palabras y con hechos el bloqueo económico y el hostigamiento político, valorando a Cuba Revolucionaria como un símbolo de la nueva independencia y como muchos pueblos de África sienten como suya esta revolución caribeña.

Combinando todo esto, la revolución cubana puede vencer las adversidades de esta fase crucial, perdurar y avanzar.

No es cierto, como dicen enemigos y renegados, que la revolución cubana está fatal e inminentemente condenada a sucumbir.

Si a su heroica resistencia se le agrega cada vez más capacidad de innovación, su continuidad será constantemente reafirmada y renovada.

Enseñanzas de un gran revés

Esto indica que uno de los recursos para transformar el revés en estímulo, es el de aprender de los errores cometidos en esos procesos, el de hacer una revisión crítica de sus experiencias, que nos lleven conscientemente a evadir el tránsito a través de teorías, modelos y proyectos que han fracasado o que no se corresponden con nuestras realidades.

La enseñanza ha sido dura, pero hay que interiorizarla a plenitud. Después de lo acontecido, queda claro:

Que la bandera de la democracia no se puede dejar en manos de los adversarios del socialismo, y que sus grandes valores deben ser inseparables del ideal socialista y desarrolladas por él.

Que no puede jamás confundirse estatismo con socialismo.

Que es preciso optar sin vacilaciones por el reino de los trabajadores libres y no por el reino de la burocracia.

Que el nuevo proyecto no debe ser enmarcado dentro de un rígido molde preconcebido, sino definirse dentro de una dinámica creativa, autosostenida y autosuperadora.

Que los cambios revolucionarios y el establecimiento de una nueva sociedad, que tenga como norte el socialismo, la justicia social, el desarrollo sostenible y la igualdad, no pueden

legitimarse dentro de un sistema de privilegios a favor de los cuadros dirigentes y administradores del Estado y en el marco de la depredación de los recursos naturales a costa de las generaciones presentes y futuras.

Que el proyecto transformador no puede volverse contra las identidades nacionales, contra las tradiciones históricas, contra los valores culturales autóctonos, sino que por el contrario, estos elementos deben ser incorporados a plenitud.

Que las fuerzas políticas que conduzcan el Estado no deben confundirse con éste, sino establecer una relación de mutua independencia, preservando y desarrollando su papel de vanguardia en su relación con el pueblo y con el sujeto social de la revolución.

Que la doble moral en materia de política de género y las nuevas modalidades del machismo le restan grandes fuerzas emancipadoras a la revolución.

Estas lecciones son válidas para evitar una descomposición semejante en los países que todavía transitan hacia el socialismo (China, Cuba, Viet Nam, Corea del Norte) y en los que la recuperación del poder por fuerzas socialistas, puedan torcer el curso procapitalista emprendido después de abatidos los modelos estatistas burocráticos; son válidas sobre todo para evitar la degeneración de nuevos procesos revolucionarios.

Estas y otras lecciones deben también ser incorporadas al diseño de la alternativa en el marco de la denominada revolución invertida, sin forzar a la uniformidad, dando cabida a la pluralidad social y económica, y a la pluralidad política e ideológica derivadas de ellas; procurando una orientación y una dinámica que articule avances autosostenidos hacia más democracia, soberanía, propiedad colectiva, justicia social, armonía con la naturaleza, humanismo, igualdad entre géneros y razas, justas relaciones internacionales Norte-Sur, y centro-periferia, y avances en la integración de los países del Sur y de la unidad de los pueblos.

Esa es la única manera de entender que todo ese esfuerzo no ha sido en vano, que del mismo se derivan valiosas enseñanzas, que todo aquello estuvo dirigido al logro de avances y de estadios superiores de justicia social, a pesar de los errores que lo entorpecieron.

Que no muere la utopía porque se haya errado en el camino para alcanzarla, que de todas maneras se han sentado premisas y precondiciones muy valiosas, que el tiempo histórico en busca del ideal socialista ha sido corto e insuficiente y que nada de lo acontecido impide que otros procesos puedan lograr rectificaciones exitosas.

Y que en nuestro Continente y en todo el mundo, luchemos mejor que antes y logremos superar el curso trágico iniciado hace cinco siglos y revertir sus resultados dramáticos encarnados en el capitalismo dependiente latinoamericano y caribeño y la actual fase neoliberal del capitalismo mundial.

Esa es la única actitud que nos permitiría valorar aquel esfuerzo como algo que no ha sido en vano, como el trabajo de los zapadores del socialismo, a quienes la historia les jugó una gran trampa, con la paradoja de que lo que aportaron a la humanidad es mucho más duradero e irreversible que lo que hicieron por sus respectivos pueblos, aunque tampoco allí se ha dicho la última palabra.

En medio de esa gran derrota, alienta que muy temprano todas las ilusiones procapitalistas se han convertido en pesadillas y en resistencias que habrán de empujar de nuevo hacia la recuperación de la utopía necesaria. Es la única manera de transformar el revés en estímulo y la derrota en victoria.